

mo calificativos de anguila, carroña y tarde, sino también los que ellos, conforme á su experiencia, suponen que deben convenir á esos sustantivos. Y mediante esta especie de colección de caracteres distintivos, llegan ellos por sí mismos y por la vía más sencilla á conocer y á familiarizarse, bajo muchos aspectos y dentro de la esfera de su experiencia, con la naturaleza, la manera de ser y las propiedades de todas las cosas.

Exactamente lo mismo se procede con los verbos. Si ellos, por ejemplo, deben explicar el verbo *observar* por la agregación de sustantivos y adverbios, no solamente lo explicarán agregando aquellas palabras ó aquellos ejemplos que ellos han encontrado en el libro de lectura, sino que harán exactamente lo mismo que han hecho en los casos más arriba citado.

Los resultados de estos ejercicios tienen un grande alcance. Mediante éstos las descripciones que los niños han aprendido de memoria, verbigracia, las de la campana, del andar, estar de pie, estar acostado, del ojo, del oído, etc., llegan á ser para ellos una guía segura y general que les permite expresarse con precisión, tanto de viva voz como por escrito, sobre todos los objetos posibles cuya forma y cuyo fondo han aprendido ellos á conocer. Pero, no hay necesidad de decirlo, este último resultado no puede ser obtenido únicamente por el estudio exclusivo y aislado de la escritura, sino por ésta en unión de toda la serie de medios que el método emplea para elevar gradualmente á los alumnos á nociones más y más claras.

Se debe, pues, entender lo mismo de cada una de las partes del método, cuando digo que la escritura no sólo es un arte sino también un medio de enseñanza y que ella es para el niño de un uso tan fácil y tan general para enseñarlo á expresarse de viva voz como el lenguaje mismo.

### CARTA VIII.

#### EL NUMERO.

El tercer medio elemental para obtener nuestros conocimientos es el *número*.

Mas, en tanto que el lenguaje y la forma emplean varios medios de instrucción subordinados á su circuito elemental para conducirnos á nociones claras y á la independencia intelectual que ellos tienen por objeto hacernos adquirir, el cálculo es el único medio de enseñanza que no comprende ningún medio subordinado; él aparece siempre, hasta el último límite de sus operaciones, como la consecuencia más sencilla de la facultad elemental que nos pone en estado de darnos cuenta cabal, en todas nuestras intuiciones, de las relaciones de cantidad, de las diferencias del más y del menos y de representarnos esas relaciones hasta el infinito con la precisión más clara.

El sonido y la forma llevan á menudo y de diversas maneras en sí mismos el germen del error y de la ilusión. El número, nunca; sólo él conduce á resultados infalibles, y si el arte de medir reclama para sí el mismo derecho, no puede pretenderlo si-

no únicamente porque el cálculo le presta su apoyo y por su union con él, es decir, él es infalible porque calcula.

Pues así como ese medio de enseñanza, el que alcanza con más seguridad el objeto de la instrucción, esto es, las *nociones claras*, debe ser considerado como el *más importante*, es también evidente que ese medio de enseñanza se ha de poner generalmente en práctica y con un cuidado y una habilidad los más grandes, y que para alcanzar el último fin de la instrucción, es sumamente importante presentar este medio de enseñanza bajo formas por las cuales se puedan aprovechar todas las ventajas que pueden proporcionar en general á la enseñanza una psicología profunda y el conocimiento más vasto de las leyes del mecanismo del mundo físico. Por esto me he dado el trabajo más grande para presentar el cálculo á la vista de los niños como el resultado más claro de esas leyes naturales, y me he esforzado no solamente en reducir sus elementos, en el espíritu humano, á la forma simple en que aparecen en la intuición real de la naturaleza, sino también por enlazar estrechamente y sin interrupción los diversos adelantos progresivos á esa forma simple de los principios elementales. Yo estoy convencido, en efecto, de que el arte de calcular, llevado aún á sus últimos límites, no puede ser un verdadero medio de ilustración, esto es, un medio de adquirir nociones claras é ideas perspicuas, sino con la condición de desenvolverse en el espíritu humano en la misma gradación en que se desarrolla desde su punto de partida en la naturaleza.

La aritmética toda trae su origen de la simple agregación y sustracción de varias unidades. Como queda dicho, su forma fundamental es esencialmente ésta: *Uno y uno son dos, y uno de dos resta uno*. Del mismo modo cada número, tal como es siempre su nombre, no es otra cosa que una abreviación de esa forma original y esencial de todo cálculo. Pero es importante que la noción de esa forma primitiva de las relaciones de los números no sea debilitada en nuestro espíritu por los medios de abreviación que emplea la misma aritmética, sino grabada profundamente y con gran cuidado en él por los procedimientos por los cuales se enseña esa misma ciencia, y todo progreso ulterior de esta última debe fundarse en el conocimiento profundo que ha adquirido el espíritu de las relaciones reales, que son la base de todo cálculo. Si esto no se verifica, aun el primero de los medios que poseemos para adquirir nociones claras sería convertido en un juego de nuestra memoria y de nuestra imaginación y hecho importante para alcanzar su fin.

Ello no puede ser de otro modo. Si, por ejemplo, aprendemos únicamente de memoria: tres y cuatro son siete, y en seguida contamos con ese siete como si supiésemos realmente que tres y cuatro son siete, nos engañamos á nosotros mismos, porque no tenemos ninguna idea de su verdad intrínseca, por cuanto no tenemos conciencia de su fondo material, el único que puede convertir para nosotros esa palabra vacía en una verdad palpable. La misma cosa su-

cede en todos los ramos de los conocimientos humanos. Aun el dibujo, por su falta de unión con el arte de medir del cual se deriva, pierde igualmente la verdad intrínseca de su ser por la cual puede ser solamente convertido en un medio de hacernos adquirir nociones claras.

Yo comienzo por el *Libro de las madres* en mis esfuerzos por dar á los niños una impresión viva y durable de las relaciones de los números consideradas como variaciones reales y efectivas del aumento y de la disminución de la cantidad en los objetos que se encuentran á la vista de ellos. Las primeras tablas de ese libro contienen una serie de objetos que ponen á la vista del niño, en intuiciones precisas, la noción del uno, dos, tres, etc., hasta diez. Yo hago que los niños busquen primeramente en esas tablas los objetos que están designados como unidad, después los objetos dobles, triples, etc. En seguida les hago encontrar esas mismas relaciones, contando con los dedos, ó con garbanzos, piedrecitas y otros objetos que se tienen á la mano. En fin, el conocimiento de esas relaciones se renueva para ellos cien y cien veces por día por medio del cuadro de deletreo y de la fácil división de las palabras en sílabas y letras, pues yo les dirijo cada vez la siguiente pregunta. ¿Cuántas sílabas tiene esta palabra? y ¿cómo se llama la primera? la segunda? la tercera? etc. De esta manera la forma original, ó el principio fundamental de todo cálculo se graba profundamente en la inteligencia de los niños, y así se familiarizan ellos con los medios de abreviación del cálculo, los números, y adquieren un pleno conocimiento del

valor intrínseco de los números antes que procedan á hacer uso de ellos, sin tener á la vista el fondo de la intuición que les ha servido de base. Independientemente de la ventaja por la cual hace mas del cálculo un fundamento de nociones claras, es increíble cuánto se facilitara á los niños el estudio de la aritmética asegurado ese primer puesto á la intuición. Y la experiencia enseña, pues, que los principios del cálculo parecen difíciles únicamente porque no se utilizan los medios psicológicos en la extensión en que se debería hacerlo. Y por esta razón debo ser un poco lato en la descripción de los procedimientos que empleo y que convendría emplear en este caso.

Además de los medios indicados y después de ellos, nos valemos también para el cálculo del tablero de deletreo de la manera que sigue: cada una de las tablitas que colocamos en él representa una unidad y al mismo tiempo que los niños aprenden á conocer las letras, principiamos también á darles á conocer las relaciones de los números. Colocamos una tablita y preguntamos al niño: “¿Hay aquí muchas tablitas?”—El niño responde: “No, hay sólo una.” En seguida agregamos una más y preguntamos: “Una y una ¿cuántas son?”—El niño responde: “Una y una son dos.” Así se continúa, y se agrega al principio sólo una cada vez, después dos, tres, etc.

Cuando el niño ha comprendido perfectamente las adiciones de una y una unidad hasta diez y cuando ha aprendido á expresarlas con una facilidad completa, colocamos sobre el tablero las tablillas de las letras de la misma manera, pero variamos la cuestión: “Cuando tú tienes dos tablitas ¿cuántas veces tienes

una tablita?"—El niño mira, cuenta y responde exactamente: "Cuando yo tengo dos tablitas, tengo dos veces una tablita."

Cuando él ha llegado, pues, á darse cuenta clara, por la numeración exacta y á menudo repetida de todas sus partes, de cuántas unidades contienen los primeros números, se cambia de nuevo la pregunta y se interroga: "¿Cuántas veces uno son dos? ¿cuántas uno son tres?" etc. Y en seguida, de nuevo: ¿Cuántas veces está contenido uno en dos? en tres? etc. Luego que el niño conoce la forma simple y elemental de la adición, de la multiplicación y de la división, y se ha familiarizado por medio de la intuición con la naturaleza de las formas del cálculo, se procura también hacerle conocer y hacerle familiar, de la misma manera por medio de la intuición, la forma original de la sustracción. Esto se ejecuta del modo siguiente: Se quita una de las diez tablitas que se han sumado y se pregunta: "Cuando de diez has quitado uno ¿cuántos quedan?"—El niño cuenta, encuentra nueve y responde: "Cuando de diez he quitado uno, quedan nueve." Se quita en seguida la segunda tablita y se pregunta: "Uno quitado de nueve ¿cuántos son?"—El niño cuenta de nuevo, encuentra ocho y responde: "Uno quitado de nueve son ocho." Así se continúa hasta el fin.

Para continuar esta especie de elucidación del cálculo por el método más arriba expuesto, se pueden emplear, pues, las series que siguen:

I II III etc.  
 I II III III etc.  
 I II III III III etc.

Una vez que se ha terminado la adición de cada una de esas series, se empieza, pues, la sustracción de cada uno de los números en la misma proporción anterior, del modo siguiente:

Cuando, por ejemplo, se ha sumado 1 y 2 son 3 y 2 son 5 y 2 son 7, etc., se quitan dos tablitas y se pregunta: "2 quitado de 21 ¿cuántos son?" y así se prosigue hasta que no queda ninguno más.

El conocimiento del aumento y de la disminución que se ha inculcado en el niño presentándole á la vista realidades materiales, es fortificado en seguida por las tablas de cálculo, mediante las cuales se le ponen nuevamente á la vista las mismas series de las relaciones de los números, bajo la forma de rayas y de puntos. Estas tablas sirven de guía en el método de contar con objetos reales del mismo modo que el libro de deletrear para la formación de las palabras en el tablero. Y cuando el niño se ha ejercitado tanto en contar con objetos materiales, y con los puntos ó rayas que los sustituyen, cuando esas tablas fundadas puramente en la intuición lo permiten, el conocimiento de las relaciones reales de los números se robustece entonces tanto en su espíritu que las formas de abreviación por los números ordinarios, aun sin intuición, se hacen comprensibles para él de una manera increíble, porque sus facultades intelectuales están libres de confusión, de vacíos y de enigmas que resolver. De modo que, en el verdadero sentido de la palabra, se puede decir que el cálculo enseñado así es sólo un ejercicio de la razón y nunca un trabajo de la memoria, ó un procedimiento mecánico y rutinario, pero que es un

resultado de la intuición más clara y más exacta y no puede conducir sino á la adquisición de nociones claras (1).

Pero como el aumento y la disminución de los objetos no consiste solamente en aumentar ó disminuir unidades enteras, sino también en la división de unidades en varias partes, resulta de ahí una segunda forma del cálculo, ó más bien se abre la vía en la cual cada unidad puede llegar á ser la base de una subdivisión infinita de las unidades que hay contenidas en ella.

Así como en la primera forma del cálculo, estos, en el aumento y disminución de unidades enteras, el número uno debe ser considerado como el punto inicial de todo cálculo y como el fundamento del arte de la intuición para todas las transformaciones de los números, se debe pues buscar también para la segunda forma del cálculo una figura que preste aquí el mismo servicio que el número uno en la primera; se debe buscar una figura que sea divisible hasta el infinito y que en todas sus subdivisiones sea siempre semejante á sí misma; una figura por medio de la cual se pueda presentar á la vista indefinidamente las partes del cálculo de las fracciones consideradas al mismo tiempo como partes del todo, y á su vez, como unidades independientes y enteras, de modo que cada relación de un quebrado con respecto al todo esté á la vista del niño con tanta precisión y exactitud como el número uno contenido tres veces en el número tres está patente para él en la forma elemental del cálculo empleada por nuestro método.

Mas la única figura posible que puede llenar esas condiciones es el cuadrado.

Con el auxilio del cuadrado podemos presentar á los ojos del niño las relaciones de las divisiones de la unidad ó de las fracciones en sus series progresivas, desde el punto de partida común á todo aumento ó disminución, el número uno, de una manera tan sensible como la en que le hemos expuesto el aumento y la disminución de los números enteros. Con este fin hemos dispuesto un cuadro intuitivo de las fracciones que consta de 11 columnas cada una de las cuales contiene 10 cuadrados.

Los cuadrados de la primera columna son enteros, los de la segunda están divididos en dos partes iguales, los de la tercera en tres, etc, hasta diez.

A este cuadro que contiene divisiones simples se sigue una segunda tabla en la cual esas divisiones intuitivas simples están subdivididas en la progresión siguiente: los cuadrados que en el primer cuadro estaban divididos en dos partes iguales lo son en ésta en 2, 4, 6, 8, 10, 12, 14, 16, 18, 20 partes; los de la columna siguiente en 3, 6, 9, 12, etc.

Como el *ABC de la intuición* se compone de formas de mensura que tienen por base, en general, la división décupla del cuadrado, es evidente que así hemos puesto también por fundamento del *ABC del cálculo* el origen común del *ABC de la intuición*, el cuadrado, ó más bien que hemos puesto los medios elementales de la instrucción, la forma y el número, en una armonía tal que nuestras formas de mensura son empleadas como el primer fundamento de las relaciones de los números, y recíprocamente, los

fundamentos de las relaciones de los números como el primer fundamento de las formas de mensura.

Por esta senda hemos llegado á poder enseñar el cálculo á los niños, segun nuestro método, no empleando sino únicamente ese ABC de que al principio nos hemos servido solamente como un ABC de la intuición en el sentido estricto de la palabra, es decir, el fundamento de la mensura, de la escritura y del dibujo.

Por el uso de esos cuadros, el conocimiento de las relaciones reales, efectivas, de todos los quebrados adquiere en el niño una solidez tal, que la práctica del cálculo de los quebrados con cifras comunes se hace para él increíblemente fácil, tan fácil como el cálculo con unidades enteras. La experiencia enseña que los niños con nuestro método llegan á saber ejecutar esas operaciones cuatro hasta cinco años antes de lo que sería posible hacerlo sin ese medio. Además, la inteligencia de los niños con esos ejercicios, como con los anteriores, se exenta de confusión, de vacíos y de oscuridades, y se puede también decir aquí con precisión que: el cálculo así comprendido es sólo un ejercicio del entendimiento, mas de ningún modo una mera obra de la memoria ó una habilidad mecánica y rutinera; él es un resultado de la intuición más clara y más precisa y conduce fácilmente por la pura evidencia á la verdad.

## CARTA IX.

Amigo, si doy ahora una mirada retrospectiva y me pregunto: ¿Qué servicios he prestado en realidad á la organización de la instrucción del hombre? —yo me respondo: he establecido el primero y más elevado principio de la instrucción, reconociendo en la intuición el FUNDAMENTO ABSOLUTO DE TODO CONOCIMIENTO, y he procurado, haciendo abstracción de todos los modos particulares de enseñanza, encontrar la esencia de la enseñanza misma y la forma primordial mediante la cual debe ser determinada por la naturaleza misma la cultura de nuestra especie. Yo noto que he reducido toda la enseñanza á tres medios elementales y que he hallado los procedimientos especiales por los cuales se puede hacer posible el erigir los resultados de la instrucción en esos tres ramos en leyes naturales y necesarias.

Yo descubro, en fin, que he puesto en armonía esos tres medios elementales unos con otros, y que mediante esto, he hecho concordar, en muchos puntos y en esos tres ramos, la enseñanza no solamente consigo misma sino también con la naturaleza humana, y la he aproximado á la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano.

Pero al mismo tiempo que hacia esto, he encontrado también, y no podía menos de encontrarlo, que la enseñanza pública, tal como se practica hoy notoria y generalmente, no reconoce de ningún mo-

do á la intuición por el principio superior fundamental de la instrucción; que ella no tiene ninguna noción de la forma primordial en la cual es determinada por nuestra naturaleza la cultura de la especie humana; que ella sacrifica, por el contrario, la esencia de la enseñanza toda al embrollo de varias enseñanzas aisladas; mata el espíritu mismo de verdad, sirviendo al pueblo migajas de verdades de toda especie, y destruye en el género humano la fuerza de independencia que descansa sobre la verdad. Yo he encontrado, y estaba abiertamente manifiesto, que ese sistema de enseñanza no reconduce sus medios singulares ni á principios elementales, ni á formas elementales; que, por el contrario, dejando de considerar la intuición como el fundamento absoluto de todo conocimiento, se coloca ella misma fuera del estado de alcanzar por medio de cualquiera de sus procedimientos imperfectos, el objeto de la enseñanza, esto es, la adquisición de nociones claras, y también de elevar los resultados concretos á que ella aspira á la altura de leyes naturales y necesarias.

Ese estado definido en que se encuentran en Europa diez hombres, á lo menos, por uno con respecto á la instrucción, así como ese estado preciso de la instrucción misma que ellos reciben, aparece increíble á primera vista; pero él no sólo es históricamente exacto (\*) sino que también es necesario desde el punto de vista psicológico. No podía suceder otra cosa: la Europa á causa de su instrucción popular debía caer en el error ó más bien en la locura á que ha quedado subyugada. Por una parte, ella se ha

elevado en algunas artes en particular á una altura gigantesca y, por otra, ha abandonado las sendas de la naturaleza en la dirección que ha dado á toda la humanidad. Ninguna parte del mundo se ha elevado tan alto; pero, por otro lado, ninguna ha descendido también á una profundidad tan grande. Ella, como la estatua del profeta, toca las nubes con su cabeza de oro, es decir las artes aisladas en que ella sobresale; pero la enseñanza del pueblo, que debería ser la base de esa cabeza de oro, es por el contrario, como los pies de la gigantesca estatua, el barro más vil, más frágil y más despreciable. Esta desproporción, desastrosa para el espíritu humano, entre las prerrogativas de lo alto y las miserias de lo bajo, ó más bien el origen de donde procede esta desproporción chocante en la cultura de los habitantes de nuestra parte del mundo, es la invención de la imprenta (1). El Continente Europeo en el primer momento de asombro causado por esa potencia tan nueva como ilimitada que facilitaba la adquisición de un saber de palabras, ha sido sobrecogido de una especie de vértigo y de una confianza charlatana en la universalidad de su virtud y eficacia. Esto era muy natural en las primeras generaciones que si-

(\*) Aun el bueno é indulgente Laváter, que como nadie acataba lo positivo en las cosas del mundo, lo reconocía y confesaba. Habiéndole preguntado una vez: "¿Qué medios elementales, simples, se podrían emplear en la enseñanza, y especialmente para rectificar la intuición de todas las cosas?"—él respondió: "Yo no conozco ninguno; la educación en Europa carece de base hasta un punto que sobrepasa los límites de toda creencia. (Nota del autor.)"

guieron á ese invento; pero que la Europa después de tantos siglos viva aún ahora en ese vértigo que ella ha dejado degenerar en una fiebre nervina que destruye el cuerpo y el alma, es una cosa que no podía por cierto acaecer á ninguna parte del mundo, sino á la nuestra. Pero, además de las doctrinas de los capuchinos y de los jesuitas, se necesita de un sistema feudal y de gabinete para producir por ese arte los resultados que él ha dado en Europa. Mas, tomando en cuenta esas circunstancias accesorias, se comprende, pues, no solamente cómo ese arte ha llegado por fin á colocar juntas nuestras artes y nuestra enseñanza popular en la situación respectiva y perfectamente definida en que ellas se encuentran hoy día, sino aun se concibe claramente que, en las circunstancias dadas, esa invención no ha podido producir ni un arte inferior ni, por el contrario, una enseñanza superior á las que ha producido. Es completamente claro cómo ella ha debido llegar á restringir indefinidamente para los europeos el uso de los cinco sentidos y en particular á reducir la acción de la vista, el instrumento más general de la intuición, al culto y á la adoración de la nueva ciencia, á las letras del alfabeto y á los libros, de modo que yo casi podría decir: la imprenta debía llegar á hacer de nuestros ojos, del principal instrumento de nuestros conocimientos, ojos para no ver más que letras, y de nosotros mismos, hombres cuyo saber proviene sólo de letras. La Reforma (2) ha completado lo que la imprenta había empezado, abriendo la boca á la necedad pública de una sociedad monacal y feudal sobre cuestiones abstractas que el gé-

nero humano no resolverá jamás, cualquiera que sea la perfección á que llegue su sabiduría y por más liberales que sean un día las condiciones de su existencia.

Así como un torrente devastador cuando se encuentra detenido en su curso por una montaña derrumbada toma una nueva dirección y de año en año, de generación en generación, extiende su devastación; asimismo la educación del pueblo en Europa, después que ella hubo abandonado, por la acción reunida de esos dos grandes hechos históricos, el hecho siempre igual de la intuición y cuando hubo tomado una dirección falta de fundamento, ilusoria y caprichosa, ha continuado de año en año y de generación en generación sus estragos sobre los hombres hasta que al fin, después de haber seguido esta senda durante siglos y de haber llevado á la perfección la charlatanería universal de nuestra enseñanza, ella nos ha llevado al punto en que estamos y en donde no queremos, por ningún precio, permanecer más tiempo.

No podía suceder de otro modo; puesto que nosotros, por medio de un arte tan profundamente desarrollado, y dando á nuestros errores puntos de apoyo más profundos aun, nos organizamos tan largo tiempo para robar á los medios de instrucción y de enseñanza, en general, toda intuición y á nosotros mismos toda facultad intuitiva, la cabeza dorada y engañosa de nuestra civilización no ha podido llegar á descansar sobre otros pies que los que en efecto la soportan; era imposible que sucediese de otro modo. Los medios imperfectos que se empleaban

en nuestra educación no podían en ningún ramo de la enseñanza alcanzar el verdadero objeto de la instrucción pública, la adquisición de nociones claras que el pueblo debe esencialmente poseer en todos los ramos de la educación. También los mejores de esos medios, los medios auxiliares que la aritmética y la gramática suministran en profusión, debían en tales circunstancias perder su eficacia, habiéndoseles dejado absolutamente sin ninguno de los medios semejantes inventados por el arte para el fundamento de toda enseñanza, la intuición. Y así esos dos medios de instrucción, la palabra y el número, subordinados al fundamento común de todo conocimiento, la intuición, debían conducirnos necesariamente en la enseñanza del lenguaje y del cálculo á una sutileza exagerada, superficial y sin objeto que nos exponía á toda especie de errores y de ilusiones; fatalmente, y por el hecho mismo de las fuerzas de que disponemos y del mecanismo que permite al arte, dando la mano á la naturaleza, elevarnos á la verdad y á la sabiduría, somos rebajados á la mentira y á la locura, y reducidos á ser hombres miserables, sin iniciativa y sin intuición, hombres de palabras y de boca.

A despecho de toda la locura de una organización semejante, nos quedaban todavía los conocimientos intuitivos referentes á nuestra posición social y á nuestra profesión, porque al arte, por más que él yerre, le es imposible quitar completamente la intuición á la especie humana. Pues bien, esos conocimientos quedaron así aislados en nuestra inteligencia, y por consiguiente exclusivos, ilusorios, egoís-

tas é iliberales. Sometidos á una dirección tal, no debimos, no pudimos hacer otra cosa que ser insensibles á toda verdad que no entraba en el círculo restringido de nuestra observación material, y sublevarnos contra todo lo que era contrario á ese modo de observación singular é iliberal; no debíamos, no podíamos hacer otra cosa que sumergirnos más y más, de generación en generación, en la situación contraria á la naturaleza en que estábamos encerrados y en los sentimientos mezquinos que resultaban de ella, la iliberalidad, el egoísmo, la violencia ilegal y ambiciosa que vemos hoy.

Así se explica, mi querido Gésner, y de ningún otro modo, cómo ha sucedido que, durante el siglo que acaba de terminar y que en su último cuarto ha llevado al extremo esas ilusiones, hemos caído universalmente en esos sueños ó más bien en ese delirio y en ese furor de reivindicación sin fundamentos, pero furibundo, en que nuestras miras razonables y nuestras pretensiones legítimas, abandonadas así á la suerte, se nos han hecho sospechosas á nosotros mismos en medio del desencadenamiento de nuestros instintos salvajes y ciegos. Y así de diversos lados y por vías diferentes debíamos descender á ese espíritu de *sans-culottisme* que se ha impuesto á todos indistintamente, bajo una ú otra forma, y cuyas consecuencias inevitables han sido y debían ser: la desorganización profunda de todos los sentimientos naturales más puros y de todos los medios filantrópicos que descansan en esos sentimientos, la desaparición de toda humanidad hasta en las formas políticas y finalmente, es efectivo, la disolución

de algunas de esas formas de gobierno que no tenían nada de humano; desgraciadamente, este último hecho no ha sido una ventaja para la humanidad.

He aquí, mi querido amigo, un bosquejo de mi apreciación de los acontecimientos recientes. Así me explico los dos sistemas, el de Robespierre y el de Pitt (3), la conducta de las asambleas y la del pueblo. Y para justificar mi opinión en cada caso, vuelvo á la tesis: los vacíos de la enseñanza, ó más bien, los procedimientos artificiales que trastornan todas las leyes naturales de la enseñanza, han conducido á esta parte del mundo á la situación en que ahora se encuentra, y contra las revoluciones políticas, morales y religiosas que ya han tenido lugar y contra aquellas que hay que esperar aún, el solo remedio posible es volver las espaldas á la superficialidad, defectuosidad y charlatanismo de nuestra instrucción popular y reconocer que *la intuición es el fundamento absoluto de todo conocimiento*, ó en otros términos, que *todo conocimiento debe proceder de la intuición y poder ser reconducido á la intuición* (4).

#### CARTA X.

Amigo, la intuición, en cuanto es considerada como el punto de partida de la enseñanza, no debe ser confundida con el *arte de la intuición*, que es el estudio de las relaciones de las formas. La primera, como el fundamento común de los tres medios ele-

mentales de la instrucción, precede mucho antes al arte de la intuición, al arte del cálculo y al arte del lenguaje. Si se considera á la intuición aisladamente y en sí misma, en oposición al arte de la intuición, ella no es otra cosa que la simple presencia de los objetos exteriores delante de los sentidos y la simple excitación de la conciencia de las impresiones que ellos producen. Con ella principia la naturaleza toda enseñanza. El niño de pecho recibe esa enseñanza; la madre se la da. Pero el arte no ha hecho nada en esto para marchar á la par de la naturaleza. En vano se presentaba á su vista el más bello espectáculo: la madre que muestra el mundo á su hijo pequeñito; él no ha sacado de ese espectáculo nada, absolutamente nada para la educación del pueblo.

Yo quiero, mi querido Gëssner, copiar aquí un pasaje que escribí un año ha sobre este punto de vista y que me inspiró entonces la idea de ese arte más arriba mencionado.

“Desde el momento en que la madre toma en sus brazos al niño, ella lo instruye, por cuanto ella le aproxima á los sentidos los objetos que la naturaleza le presenta diseminados, lejanos y confusos y le hace fácil, agradable y atractiva la práctica de la intuición y, por consiguiente, el conocimiento mismo que proviene de ella.

“Sin fuerzas, sin cultura, adhiriéndose sin guía y sin auxilio á la naturaleza, la madre, en su inocencia, ni aun sabe lo que hace. Ella no tiene la intención de instruir á su hijo, ella quiere únicamente calmarlo, ella quiere solamente ocuparlo;